

LA LOCURA ECOCIDA O CÓMO SALIR DEL CÍRCULO

Luis Tamayo, *La locura ecocida, ecosofía psicoanalítica*. México, Fontamara / CIDHEM, 2010.

La libertad es inseparable del pensar ilustrado, incluso si éste contiene en sí el germen de esa regresión que se verifica por todos sitios en nuestros días.

Adorno y Horkheimer

El 29 de julio de 2010, en una nota de *El Universal*, periódico de México, con sus letras enormes rezaba: “Confirman aumento de calentamiento global”. El reporte, compilado por más de 300 científicos de 48 países distintos, describe el análisis de diez indicadores que están “clara y directamente relacionados con las temperaturas de la superficie, y todos ellos señalan lo mismo: el calentamiento global es innegable”.

Igualmente innegable es la preocupación que en los últimos años los especialistas de la atmósfera reportan, sobre el aumento en las temperaturas asociadas con los gases de efecto invernadero que emiten las industrias y un sin fin de actividades humanas. Las consecuencias de este fenómeno, uno entre muchos, son casi apocalípticas. Sin duda, pero también existen escépticos que han cuestionado las conclusiones sobre el calentamiento. Como de todos los fenómenos que hoy cercan y pretenden hacer imposible la vida del ser humano en el planeta: hay eso que Luis Tamayo ha llamado con profundo acierto: *La locura ecocida. Ecosofía psicoanalítica*.

Quizá nunca he tenido tanto reparo en leer un libro como éste, el temblor que pasa a través de mis manos me hace rechazarlo vehementemente porque es como una carta de defunción del género humano, una misiva que nos narra con demora las causas de nuestro deceso.

¿Cómo evitar que suceda esto que leo? Como si fuera un testamento de la necesidad humana, de la estulticia en la que hemos caído, este libro es un estudio, una denuncia sobre los usos y abusos de los recursos de la tierra, y sobre la posibilidad de sobrevivencia si y sólo si, nuestro quehacer entra en una conformación de racionalidad que pueda aligerar la carga que está destruyendo no la tierra sino las condiciones que han permitido que nosotros, la vida toda, siga en este mundo.

Desde luego, podríamos decir que implícitamente, el libro nos hace ver que la tecnología de pronto aparece dotada de atributos tan extremos que van de una promesa utópica a una amenaza apocalíptica. La actitud frente a la técnica moderna está sellada por un optimismo general ante el progreso y su perfeccionamiento. Las raíces de esta actitud pueden remontarse a la secularización de las expectativas cristianas de salvación, así como el engaño que sufre el hombre ante el propio lenguaje que está atravesado por la imposibilidad de lo particular y que en lo universal arrastra nuestra comprensión para la consecución de una acción ecocida.

Nadie podría discutir que existe una confianza ilimitada en la capacidad de rendimiento de la técnica, que se refiere a la apropiación del mundo físico por parte del hombre. Pero en época reciente, los efectos concretos de la tecnificación han puesto de manifiesto que no es posible realizar impunemente, intervenciones en el equilibrio y en la explotación de las materias primas y de la energía.

Mencioné que la lectura de este libro fue morosa, lenta, era como suscribir un testamento no escrito por mí, para mis hijos, y para los hijos de mis hijos. Lo sabemos, ya lo decía Derrida, “[...] la herencia es aquello de lo que no puedo apropiarme [...] Heredo algo que también tengo que transmitir: ya sea chocante o no, no hay derecho de propiedad sobre la herencia. [...] Siempre soy el locatario de una herencia. Su depositario, su testigo o su relevo”

No había reparado en ello, el libro de Luis me descubrió de pronto el significado de estas palabras de Derrida, porque nunca como hoy estamos dejando un legado gigantesco de decepciones y miseria a las generaciones que ya están aquí y que nacen en medio de un telón de muerte, una suerte de ciclorama donde desfilan con enorme lentitud los jinetes del Apocalipsis.

De alguna manera, el libro atemoriza por el análisis que conlleva acerca del calentamiento global, de la degradación de los suelos, de la sobre población,

de las enfermedades emergentes que Luis señala como “nuevas” en el mundo, justo por el calentamiento global, así como el rebrote mucho más virulento de enfermedades que se tenían por erradicadas; el descenso de la capacidad de regeneración de los ecosistemas y por consecuencia, el envenenamiento de la tierra, la crisis energética y la atroz crisis financiera (de la que hemos tenido ya noticias severas tanto en nuestro país, como en el mundo, sólo basta con leer los periódicos cada día) y alimentaria (a propósito del Mundial de Fútbol donde en algunos noticiarios la nota del día no era qué equipo había ganado, sino la miseria que habitaba vecina al estadio en ciernes).

¿Cómo no quedar desasosegado con esta suerte de informe de las diversas formas de suicidio? Porque no es la muerte propia, ni tampoco es la muerte elegida, la decisión soberana, o por mano propia, sino es la muerte impuesta.

El libro de Luis Tamayo, *La locura ecocida*, es esa voz que recoge una historia, un *dictum*, un signo que fustiga nuestro tiempo: “en la Grecia clásica —nos dice Tamayo— se consideraba la más grave locura el asesinato de la propia descendencia (bajo la forma de eso que algunos ambientalistas denominan la *tiranía transgeneracional*)”.¹

Luis Tamayo a través de un minucioso análisis, retomando a Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Jean Allouch y a Jaques Lacan ilumina nuestro presente en la medida en que nos revela dos formas nuevas de locura: la del tipo Casandra (portadora de verdad) y la de aquellos que no soportan escucharla, esos que, ciegos, son cómplices de la destrucción de su medio ambiente, los locos ecocidas, sean activos (ecodepredadores), o pasivos (los que “dejan hacer” la depredación de los primeros).²

Este libro me ha llevado a reflexionar sobre el hecho de que nos encontramos ante tres temas principales: uno formal que piensa a la tecnología como un conjunto abstracto de movimiento continuo, es decir, se puede pensar a la tecnología como una “empresa colectiva” en la que todos participamos y que avanza conforme a leyes y movimientos propios. Un segundo tema de contenido, que advierte sus usos múltiples y su efecto sobre nuestro mundo y nuestra vida; y un tercer tema que abarca los anteriores y sería la cara ética de la tecnología como exigencia de la responsabilidad humana.

Pues las características de la tecnología moderna son que no conduce al equilibrio o “saturación” sino que plantea nuevos retos, la relación entre medios y fines no es lineal sino circular y dialéctica, que el progreso no es un impulso

¹ Luis Tamayo, *La Locura ecocida. Ecosofía psicoanalítica*. México, Fontamara / CIDHEM, 2010, p. 37.

² *Ibid.*, p. 45.

inserto en la técnica sino que es su *modus operandi*, que el progreso no es un concepto valorativo sino descriptivo, que la técnica moderna responde a las exigencias y a los atractivos del ahora, en el que cada estadio posterior es superior al anterior y por tanto ilimitado que genera en nosotros la visión quasiutópica de una vida cada vez mejor sin que nos demos cuenta de que justo sus efectos son letales porque ¿cuál es el secreto de la técnica? ¿En dónde radica el secreto de su desarrollo y de su fascinación? En la relación de *feed back* que se ha construido entre la ciencia y la técnica que es la característica del progreso moderno, por lo que tienen que sobrevivir juntas o morirán juntas.

El análisis que lleva a cabo Luis Tamayo desde el punto de vista del psicoanálisis en su cercanía con la analítica el *Dasein* heideggeriano me permite advertir que en la medida en que sigamos dentro de este esquema de producción tecnológica, podremos encontrar al menos cuatro razones por las que se hace importante seguir meditando en los riesgos de su avance:

Primero por la ambivalencia de los efectos, es decir, podemos decir que toda capacidad humana como tal o en sí es buena y sólo se vuelve mala por el abuso de ella. Éste es el tema del uso moral o inmoral de los poderes de la técnica; pero aun cuando se emplee con buena voluntad para fines legítimos, ella tiene siempre un lado amenazador a largo plazo. Éste es el lado oscuro de la técnica, siempre inserto en la acción.

En segundo lugar, la automaticidad de la aplicación: la posesión de una capacidad no significa su uso; todo conocimiento puede reservarse mientras no se hayan probado sus efectos. Esta relación, tan clara entre poder y hacer, entre saber y aplicación, entre posesión y ejercicio de poder, parece que no es aplicable al patrimonio tecnológico de una sociedad que fundamenta la configuración de su vida en la actualización tecnológica.

En tercer término, las dimensiones globales de espacio y tiempo que abarca la producción tecnológica hace que sus efectos sean acumulativos y que se extiendan a lo largo de las generaciones haciendo lo que Tamayo señaló con enorme atingencia: la *tiranía transgeneracional*, pues su influencia es masiva y es futura. Hipotecamos la vida futura a cambio de las ventajas y necesidades a corto plazo.

Y finalmente, la ruptura del antropocentrismo: se rompe con él, porque siempre era el bien humano el que había que promover, sus intereses y derechos los que había que respetar, la injusticia lo que había que reparar, sus padecimientos los que había que aliviar, el deber era hacia el humano. Hoy es hacia todos los seres vivos. El mandato es no dejar una herencia desolada. Una naturaleza empobrecida significa una vida empobrecida. El deber es preservar lo que se nos ha dado para las generaciones futuras. Ahora no podemos de-

jar de leer este libro que nos acucia, que nos interpela en el sentido althusseriano: nos provoca y nos llama, nos hace atenderlo y nos impone un reto: ¿podremos seguir como hasta ahora?

ALBERTO CONSTANTE*

Fecha de recepción: 15/09/2010

Fecha de aceptación: 20/03/2011

* Profesor Investigador, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Filosofía, UNAM, México,
albertoconstante@yahoo.com.mx